



Solemnidad de Santa María Madre de Dios

1 de Enero de 2018

Hoy celebramos a la Virgen María como la Santa Madre Dios, después que en el nacimiento de su hijo Jesús se ha cumplido ya el anuncio del ángel Gabriel: *“El Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios”* (Lc 1, 31. 35).

La maternidad divina de María aconteció *“cuando llegó la plenitud del tiempo”*, es decir, en el momento de la historia humana libremente **elegido** por Dios, en el que envió a su Hijo, nacido de mujer, para que recibiéramos la adopción filial (Gal 4, 4-6). Movidio por su amor, Dios nos ha dado a conocer sus planes más secretos y ha llevado *“la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra”* (Ef 1, 9-10).

La historia de la humanidad ha alcanzado su momento de plenitud cuando el Hijo de Dios hecho hombre nos ha llevado a la plena conciencia y reconocimiento de que somos hijos de Dios, herederos de los bienes de su reino y autorizados para clamar a Dios con confianza *¡Abba! ¡Padre!* (Gal 4, 6-7). **Reconocer este lugar central que Dios ha asignado al hombre en el mundo es signo de la plenitud del tiempo.**

Este tiempo de plenitud comenzó a computarse desde el nacimiento de Jesús. Y hoy iniciamos el año 2018 suplicando la bendición de Dios con la fórmula que él nos propuso: *“El Señor te bendiga y te proteja; el Señor ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz”* (Num 6, 24-26).

Dios *“nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones”* (Ef 1, 3); nos ha **mostrado visiblemente su rostro en Jesús y nos ha dado su paz**. Por ello, hoy presentamos nuestra súplica de bendición con estas palabras: **Que el Señor Jesucristo nos bendiga y nos proteja en el nuevo año; que nos conceda la gracia de conocer su rostro y de reflejarlo día a día en nuestra propia vida; que abra nuestros ojos para reconocer su imagen en todos los hermanos; que se fije con amor en nosotros y nos conceda su luz, su salvación y su paz.**

La lectura evangélica nos ha conducido una vez más al pesebre de Belén. El anuncio del nacimiento del Mesías hecho por los ángeles a los pastores (Lc 2, 8-15) ha iluminado sus corazones por completo; la palabra que proclamaba el cumplimiento de la promesa dirigida a los hijos de Israel los ha movido a correr hacia el lugar del nacimiento, donde encuentran todo tal como se lo había indicado la palabra del ángel: *“María, José y el Niño, acostado en el pesebre”*. Y ese niño, acostado entre pajas y envuelto en pañales, que expresan su pequeñez, su impotencia, su condición plenamente humana, es reconocido por los pastores como el Mesías (Sof 3, 12-13). Y todos los que



Carlos López Hernández

han contemplado la escena se convierten inmediatamente en testigos y comienzan a narrar la novedad de aquel nacimiento a cuantos encuentran, transmitiendo también, junto con la buena noticia, su admiración y su alegría por la acción cumplida por Dios de una manera tan escondida y humilde, a la vez que tan evidente a los ojos de la fe.

María es parte central de la herencia que su Hijo Jesús nos ha dejado. En la cruz nos entregó el espíritu y nos confió a su Madre como nuestra Madre espiritual. Y el mismo Jesús nos ha mostrado la forma de ser hijos de Dios e hijos de María. La verdadera familia de Jesús nace de la escucha de su Palabra y de su puesta en práctica (Lc 8, 19-21). María guardaba y meditaba en su corazón la Palabra de Dios y todo lo relacionado con Jesús. Y el apóstol Juan, el primer hijo espiritual de María, nos propone, desde su experiencia, esta enseñanza práctica: *“Si alguno ama al mundo no está en él el amor del Padre”* (1Jn 2,15).

La Navidad es el anuncio de la paz a todos los hombres a los que Dios ama; es la fiesta de la fraternidad universal de los hijos de Dios. A este significado de la Navidad ha respondido un año más el Papa Francisco con su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz sobre *“Migrantes y Refugiados: Hombres y Mujeres que buscan la Paz”*. Expone los siguientes puntos:

1. Un deseo de paz

La paz que los ángeles anunciaron a los pastores en la noche de Navidad es una aspiración profunda de todas las personas y de todos los pueblos, especialmente de aquellos que más sufren por su ausencia; entre ellos los 228 millones de migrantes y los 22 millones y medio de refugiados.

Los refugiados fueron descritos por Benedicto XVI como “hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos que buscan un lugar donde vivir en paz”. Para encontrarlo, muchos de ellos están dispuestos a arriesgar sus vidas.

Con espíritu de misericordia, abrazamos a todos los que se ven obligados a abandonar su tierra a causa de la guerra, la persecución, la pobreza, el hambre y la degradación ambiental.

Además de sentir en nuestro corazón el sufrimiento de estos hermanos, hay que trabajar mucho para hacerles posible vivir en paz en un hogar seguro. Acoger al otro exige una cadena de generosidad, y la gestión responsable de complejas situaciones y de recursos limitados. La virtud de la prudencia es necesaria para que los gobernantes sepan adoptar medidas que respeten el recto orden de los derechos y valores, y ofrezcan a los ciudadanos la prosperidad material y al mismo tiempo los bienes del espíritu.



2. *¿Por qué hay tantos refugiados y migrantes?*

El número creciente de desplazados es la consecuencia de una continuada serie de guerras, genocidios y limpiezas étnicas que habían marcado el siglo XX y se prolongan en el nuevo siglo en forma de conflictos armados y otras formas de violencia organizada.

Pero las personas también migran por otras razones, ante todo por el anhelo de una vida mejor. Huyen de la “desesperación” de la miseria y buscan mejores oportunidades de trabajo o de educación. La mayoría emigra siguiendo un procedimiento regulado. Otros se ven forzados a hacerlo en formas distintas, cuando toda vía legal les aparece bloqueada o demasiado lenta.

Todos los datos indican que las migraciones globales seguirán marcando nuestro futuro. Algunos las consideran una amenaza. Y en muchos países de destino se ha difundido el discurso sobre los riesgos para la seguridad nacional o el coste de la acogida de los que llegan. Los que fomentan el miedo hacia los migrantes, en lugar de construir la paz, siembran violencia, discriminación racial y xenofobia, despreciando así la dignidad de cada ser humano, que se les ha de reconocer a todos, en cuanto hijos de Dios. Por el contrario, las migraciones han de ser vistas como una oportunidad para un futuro de paz.

3. *Una mirada contemplativa desde la fe*

La sabiduría de la fe nos ayuda a reconocer que los emigrantes y las poblaciones que los acogen forman parte de una sola familia, y todos tienen el mismo derecho a gozar de los bienes de la tierra, cuyo destino es universal, como enseña la doctrina social de la Iglesia. Aquí encuentran fundamento la solidaridad y el compartir.

La mirada de fe descubre al Dios que habita en los hogares, en las calles y plazas de nuestras ciudades y nos llama a realizar la paz, promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el bien, la verdad y la justicia. Además, nos ayuda a descubrir que los migrantes y refugiados no llegan con las manos vacías: traen consigo la riqueza de su capacidad, energías y aspiraciones, así como los tesoros de su propia cultura, que enriquecen a las naciones que los acogen. Esta mirada sabe también descubrir la creatividad y el espíritu de sacrificio de incontables personas, familias y comunidades que, incluso con escasos recursos, abren sus puertas y sus corazones a los migrantes y refugiados.

Esta mirada de fe guía igualmente el discernimiento de los responsables del bien público, con el fin de impulsar las políticas de acogida al máximo de lo que permita el verdadero bien de su comunidad. Quienes se dejan guiar por esta mirada serán capaces de reconocer los renuevos de paz que están ya brotando y de favorecer su crecimiento. Y transformarán en talleres de paz nuestras ciudades, a menudo divididas y polarizadas



Carlos López Hernández

por conflictos que están relacionados precisamente con la presencia de migrantes y refugiados.

4. Cuatro piedras angulares para la acción

Para ofrecer a los solicitantes de asilo, a los refugiados, a los inmigrantes y a las víctimas de la trata de seres humanos una posibilidad para encontrar la paz que buscan, se requiere un programa que conjugue cuatro acciones: acoger, proteger, promover e integrar.

Acoger recuerda la exigencia de ampliar las posibilidades de entrada legal y equilibrar la preocupación por la seguridad nacional con la protección de los derechos fundamentales.

Proteger aviva el deber de reconocer y garantizar la dignidad inviolable de los que huyen de un peligro real en busca de asilo y seguridad, evitando su explotación. En particular, las mujeres y los niños.

Promover es apoyar el desarrollo humano integral de los migrantes y refugiados. Por ejemplo: garantizar a los niños y a los jóvenes el acceso a todos los niveles de educación, cultivando un espíritu de cercanía y diálogo.

Integrar significa trabajar para que los refugiados y los migrantes participen en la vida de la sociedad que les acoge.

5. Una propuesta para dos Pactos internacionales

El Papa desea que este mensaje anime el proceso que en el año 2018 llevará a la aprobación por las Naciones Unidas de dos pactos mundiales: uno, para una migración segura, ordenada y regulada, y otro, sobre refugiados. Y propone:

Es importante que estos Pactos estén inspirados por la compasión, la visión de futuro y la valentía, con el fin de aprovechar cualquier ocasión que permita avanzar en la construcción de la paz y superar la globalización de la indiferencia.

El diálogo y la coordinación son una necesidad y un deber de la comunidad internacional. Países menos ricos puedan acoger a un mayor número de refugiados si la cooperación internacional les garantiza los fondos necesarios.



Carlos López Hernández

6. *Nuestra casa común*

Si son muchos los que comparten el "sueño" de un mundo en paz, y si se valora la aportación de los migrantes y los refugiados, la humanidad puede transformarse cada vez más en familia de todos, y nuestra tierra verdaderamente en "casa común". Quienes han creído en este sueño y lo han realizado, dan testimonio de que no se trata de una utopía irrealizable. Entre ellos, hay que mencionar a santa Francisca Javier Cabrini, Patrona de los migrantes.

Catedral Vieja, 1 de Enero de 2018